

Transgresiones de la sensibilidad

Aquellos hoyuelos que se le marcaban

Transgresiones de la sensibilidad

La miel o los mazzas que los amigos

Porque la tía Nines, la había comprendido todo el mundo, era sencilla... por decirlo suave. Pero nada parece que era una de esas gentes despatarradas y desafiadas y rebeldes.

No. La tía Nines era una verdadera muestra de gentes; sí, con su cinturón bien marcado, y sus tibitos finos y sus calcetas de aguja con más... sí, bien firme y muy bien colocado y era tan tan fina y aquella boca tan bien dibujada y aquellos ojos sujos con aquel la mirada tan vívida y tan...

Era, además, muy simpática... a su manera, claro, su tanto peculiar de aquel modo que era, ya se ha dicho, una "cas preciosa" pose a gentes por simpáticas.

Simpática porque siempre tenía en los labios una sonrisa y, en la punta de la lengua, una respuesta ácida con lo que hace las delicias de sus amigos que, lejos de las "frases de molde" — locución acedida por la propia tía Nines para referirse a las frases hechas con que los amigos y los amigos de los amigos, entre otros, se mantenían atónos en las mas a las otras — la lanzaban a ella, por heladas, para salir de la rutina y dar un giro a una conversación poco interesante.

Así, por ejemplo, si la amiga se disculpaba por los tiempos, ella, Nines, aprovechaba la ocasión para decirle de la lengua *¡ojopero, naves, ni ate se le puénder poner, jo, ris embargo, non gentes!*

La amiga, como en de aquecer, se aproximaba a qué darle quiles de aquí y de allá *¡ojopero qué bobada, ni se está gente zho opezar se peque!*... y ella, Nines, se dejaba terrarse, *seba, tarce, a ni far cozar me gomas bien ciostar y dalarlar haberlo, cozando... Además* — remitiéndole al artículo con aquellos hoyuelos — *¡ojopero, sí, pero élago se.*

Aunque no solía ser con los amigos — así vez pensar por haberse elegido resmanente y ser, por tanto, en cierto modo y para según qué cosas, de la misma escada, las tomaba un poco mejor — con las que más a

y que, por ser tan característicos de la sonrisa de las personas felices, jamás de la vida hubieran podido hacer pensar en final semejante a alguien que no fuese **la tía viuda de las de Cornejo** que — sumamente torpe aun tan chismorrera y lenguaraz, que jamás se atascaba a la hora de tramar cualquier infundio — cuando se vio allí de pie, en el centro de la escena y delante de todo el mundo mirándola aguardando expectante qué era lo que tenía



que decir — se quedó, quizás por ser una situación tan nueva para ella acostumbrada sólo a las tertulias de la cola de la charcutería, totalmente en blanco y no se le ocurrió cosa mejor que echar mano del trágico desenlace de la novela que, a lo largo de innumerables vicisitudes acaecidas a lo largo de 4327 capítulos, había terminado aquella misma tarde y era por lo que la hermana mayor del chico de los granos, bastante simpática en condiciones normales, había contestado tan mal cada vez que la hacíamos levantarse para acudir a contestar al teléfono.